

ROBERTO CALASSO

*La actualidad
innombrable*



El mundo actual ha alcanzado la etapa definitiva de la sociedad secular, aquella que solo confía en la sociedad misma. El *Homo saecularis* acepta reglas pero no preceptos, procedimientos pero no convicciones. Se siente humanista y practica una religión sin divinidad, basada en el altruismo, sin relación con lo invisible. ¿Por qué, entonces, irrumpe una forma de terrorismo que consiste en matanzas aleatorias, en las que las víctimas pueden ser cualesquiera con tal de que sean lo más numerosas posible? Acaso porque, en un mundo como el actual, solo el asesinato ofrece una garantía de significado. El enemigo del terrorista islámico, así, es el cuerpo de la sociedad secular entero.

La actualidad innombrable se divide en dos partes bien diferenciadas: en la primera, Calasso hace una breve historia del origen del terrorismo islámico, y realiza también una incisiva, descarnada definición de nuestro mundo actual, la «era de la inconsistencia», o, en términos del propio Calasso, la era de la «sociedad experimental», cuyas figuras tutelares fueron Bouvard y Pécuchet, aquellos bobos insignes inventados por Flaubert, bienintencionados consumidores de revistas y folletos que se consideran perfectamente informados acerca de todo: «A ellos se puede remontar, en su germen, lo que un día iba a llamarse internet».

Y, con la malla digital que envuelve el mundo, la consolidación del odio a la intermediación, en un sueño virtual de democracia directa que pone en peligro el carácter esencialmente procedimental del sistema parlamentario. La segunda parte es una colección de citas —de escritores como Virginia Woolf, Ernst Jünger y Céline o pensadores como Simone Weil y Walter Benjamin, pero también de jefes nazis como Goebbels— que abarcan el periodo que va de 1933 a 1945: los años en que el mundo llevó a cabo una tentativa de autoaniquilación parcialmente exitosa.

En *La actualidad innombrable*, Calasso prolonga las reflexiones que guían sus últimos libros, en particular su inquietud por los peligros que acechan a la sociedad secular, que se celebra a sí misma sin ver el abismo que se abre a sus pies. Pero, por primera vez, en este breve volumen Calasso ubica el foco en el mundo actual, al que llama «innombrable» —poniendo de manifiesto que nuestra vana confianza en la ciencia y la tecnología no nos sirve para saber algo consistente y definitivo acerca de nuestro presente— y al que, sin embargo, retrata de un modo nítido, eficaz, clarividente. Hacía falta una trayectoria de muchos años, libros y saberes para llegar a una definición tan breve y contundente del momento en el que vivimos y que apenas podemos mirar sin parciales cegueras.

I. Turistas y terroristas

La sensación más precisa y más aguda, para quien vive en este momento, es la de no saber dónde se pisa a cada momento. El terreno es poco firme, las líneas se desdoblán, los tejidos se deshacen, las perspectivas oscilan. Entonces se advierte con mayor evidencia que nos encontramos en «la actualidad innombrable».

Entre los años 1933 y 1945, el mundo llevó a cabo un intento de autoaniquilación parcialmente exitoso. Lo que vino después fue informe, tosco y extraordinariamente poderoso. Evasivo en cada una de sus partes, es lo opuesto del mundo al que Hegel creyó apretar en la prensa del concepto. Es un mundo que está hecho trizas, incluso para los científicos. Un mundo que carece de un estilo propio y que usa todos los estilos.

Este estado de cosas podría parecer apasionante. Pero los únicos que se apasionan son los sectarios, convencidos de tener la clave de lo que sucede. Los demás —la mayoría— simplemente se adaptan. Siguen la publicidad. La fluidez taoísta es la virtud menos difundida. Por todas partes chocan con las aristas de un objeto que nadie ha conseguido ver por entero. Este es el *mundo normal*.

Auden tituló «La edad de la ansiedad» un poema a varias voces ambientado en un bar de Nueva York hacia finales de la Segunda Guerra Mundial. Hoy esas voces suenan remotas, como si vinieran de otro valle. La ansiedad continúa, pero ya no predomina. Lo que predomina es la inconsistencia, una inconsistencia asesina. Estamos en la era de la inconsistencia.

El fundamento del terror es la idea de que solo la matanza ofrece garantía de significado. Todo lo demás parece débil, incierto e inadecuado. A ese fundamento se agregan, después, las diversas motivaciones que reivindican el acto. Con ese fundamento se conecta, también, de una manera oscura, que implica una metafísica, el sacrificio cruento. Como si, de época en época y en los lugares más diversos, se impusiese una necesidad insoslayable de matanza, que puede incluso parecer gratuita e irracional. Ominoso carácter especular entre los orígenes y el presente. Un espejo hechizado.

El terrorismo islámico es sacrificial: en su forma perfecta, la víctima es el terrorista. Aquellos que mueren en el atentado son el *fruto* benéfico del sacrificio del terrorista. El fruto del sacrificio era, en otros tiempos, invisible. La entera maquinaria ritual era concebida para establecer un contacto y una circulación entre lo visible y lo invisible. Ahora, en cambio, el fruto del sacrificio se ha vuelto visible, cuantificable, fotografiable. Como un misil, el atentado sacrificial apunta hacia el cielo, pero cae sobre la tierra. Por eso predominan los atentados de los asesinos-suicidas que se hacen estallar. En todo caso, se da por sabido que los terroristas deben morir o hacerse matar en el atentado. Hacer que explote un artefacto gobernado a distancia ofuscaría la naturaleza sacrificial del acto.

El enemigo primordial del terrorismo islámico es el *mundo secular*, preferiblemente en sus formas comunitarias: turismo, espectáculo, oficinas, museos, hoteles, grandes almacenes, medios de transporte. De ese modo el fruto del sacrificio no solo consistirá en matanzas numerosas, sino que tendrá una resonancia más amplia. Como toda práctica sacrificial, el terrorismo islámico se funda en el *significado*. Ese significado se enlaza con otros significados, todos convergentes hacia el mismo motivo: el odio a la sociedad secular.

En el estadio último de su formación, el terrorismo islámico coincide con la difusión de la pornografía en la red, en la década de 1990. De pronto se volvió accesible y permanentemente disponible aquello que siempre se había deseado y fantaseado. Al mismo tiempo se desvelaba por entero el orden de sus reglas respecto del sexo. Si esa negación era posible, *todo* debía ser posible. El mundo secular había invadido sus mentes con algo irresistible, que los atraía y a la vez los escarnecía y desautorizaba. Sin uso de armas, y, sobre todo, no admitiendo ni exigiendo presencia de significado. Pero ellos irían *más lejos*. Y más allá del sexo solo está la muerte. Una muerte sellada por el significado.

Desde los tiempos de Necháyev sabemos que el terror puede discurrir por vías muy distintas. Por entonces fue llamado *terror nihilista*. Hoy se puede concebir una variante: el *terror secular*. Debe entenderse como mero procedimiento, disponible, por eso mismo, para fundamentalismos de toda especie, que le darán un color específico para sus fines. Incluso para individuos aislados, que pueden de este modo desahogar sus obsesiones.

La fuerza que mueve el terrorismo y lo vuelve apremiante no es religiosa, política, económica ni reivindicativa. Es la casualidad. El terrorismo vuelve visible el poder todavía immaculado que rige el funcionamiento de todo y desvela su fundamento. Al mismo tiempo es una modalidad elocuente con la que se manifiesta a la sociedad la inmensa extensión de aquello que la rodea y la ignora. Hacía falta que la sociedad llegara a sentirse autosuficiente y soberana para que la casualidad se presentase como su principal antagonista y perseguidora.

El terror secular quiere ante todo salir de la coacción sacrificial. Pasar al puro asesinato. El resultado de las opera-

ciones debe parecer totalmente fortuito y diseminarse por lugares anónimos. En ese punto aparecerá la evidencia de que la casualidad es la responsable última de esos actos. ¿Qué da más miedo, la matanza significativa o la matanza casual? Respuesta: la matanza casual. Porque la casualidad es más grande que los significados. Frente a la matanza significativa, lo insignificante puede considerarse protegido por su propia insignificancia. Pero frente a la matanza casual, lo insignificante se descubre como particularmente expuesto, precisamente por su propio carácter insignificante. Finalmente, el terror ya no tiene necesidad de un responsable colectivo. El que lo manda y el que ejecuta pueden coincidir. Pueden ser el individuo como entidad desarraigada, o puede ser un Estado o una secta, que obedece a un mandato impuesto por sí mismo: matar.

El terrorismo *significativo* no es la forma última del terrorismo sino la penúltima. La última es el terrorismo *casual*, la forma de terrorismo que corresponde mejor al *dios de la hora*.

Rumiyah, *Roma*, la revista plurilingüe online del ISIS, que ha sucedido a *Dabiq*, desde su primer número, en septiembre de 2016, indicaba la vía del terrorismo casual en un artículo titulado «La sangre del *kafir*, incrédulo, es *halal*, legítima de ser vertida por vosotros». Allí se detalla una primera lista de posibles objetivos: «El hombre de negocios que va al trabajo en taxi, los jóvenes (ya púberes) que practican deporte en el parque, el viejo que hace cola para comprar un sándwich. También es *halal* verter la sangre del *kafir* ambulante que vende flores a los peatones». No hay discriminación de clase ni de edad, excepto en el caso de los jóvenes deportistas, que deben ser ya púberes.

La figura del asesino-suicida no es, en verdad, una invención reciente. En el seno del islam, nace con Hasan-i Sabbah, el Viejo de la Montaña del que habla Marco Polo, fi-

gura legendaria identificada con el estratega islamista que urdió durante años tramas desde la fortaleza de Alamut. Según las fuentes de la época, era intransigente, austero, cruel y poco sociable. «Se dice que permaneció encerrado en su casa, sin interrupción, escribiendo y dirigiendo operaciones, así como se afirma también que durante todos aquellos años salió de su casa solo dos veces, y en ambas ocasiones para subir al tejado»: así lo define Hodgson, el historiador más serio de la secta. Mientras tanto, los emisarios del Viejo de la Montaña, esparcidos por el reino de los selyúcidas, que Hasan-i Sabbah quería derrocar, mataban a personajes poderosos, por lo general con puñales, y a continuación morían también ellos. Eran *fedayines*, «los que se sacrifican», o bien «asesinos», palabra que significa «consumidores de hachís», como probó definitivamente Paul Pelliot.

Dos siglos más tarde, cuando la fortaleza de Alamut era una ruina, devastada pocos años antes por los mongoles del kan Hulagu, y la secta de los Asesinos era solo un recuerdo, alguien le contó a Marco Polo la historia del Viejo de la Montaña. Odorico de Pordenone la repetiría algunos años más tarde, sin variaciones.

Según ambos, el Viejo de la Montaña «había mandado hacer, entre dos montañas, en un valle, el jardín más bello y más grande del mundo». Allí «estaban los jóvenes y las doncellas más hermosos del mundo, los que mejor sabían cantar, tocar y bailar. El Viejo les hacía creer que eso era el paraíso». Pero había una condición: «En ese jardín solo entran los que estaban dispuestos a convertirse en asesinos».

Cuando el Viejo decidía enviar a alguien en misión, lo hacía caer en un sopor narcótico y lo sacaba del jardín. «Y cuando el Viejo quiere hacer que asesinen a alguien, busca al más vigoroso, y lo manda a matar a aquel que él quiere. Y ellos lo hacen de buena voluntad, para volver al paraíso [...]. De esta manera ningún hombre se resiste al Viejo de la

Montaña, cuando él quiere hacerlo; por eso digo que muchos reyes le rinden tributo porque lo temen».

El Viejo de la Montaña había hecho conocer a sus huéspedes el sabor del paraíso. Siglos más tarde, bastaría con ofrecer la seguridad del paraíso reservado a los mártires de la *yihad*, que es el colmo de los placeres, como se lee en el Corán. Pero antes era necesario descubrir el *placer de la muerte*.

Tal como se evidencia en Joinville y en otras crónicas medievales, el Viejo de la Montaña era una presencia conocida y legendaria, como el Preste Juan. Fue Nietzsche, empero, quien lo vería con mayor claridad: «Cuando los cruzados cristianos tropezaron en Oriente con aquella invencible Orden de los Asesinos, con aquella Orden de los espíritus libres *par excellence*, cuyos grados inferiores vivían en una obediencia que no ha sido alcanzada por ninguna Orden monástica, recibieron también, de algún modo, una indicación acerca de aquel símbolo y aquella frase-escudo, reservada solo a los grados superiores, como su *secretum*: "Nada es verdadero, todo está permitido...". Pues bien, esto era *libertad* de espíritu, con ello se *dejaba de creer* en la verdad misma... ¿Acaso se ha *extraviado* alguna vez un espíritu libre europeo, cristiano, en esa frase y en sus *laberínticas* consecuencias?».

«Nada es verdadero, todo está permitido»: ¿dónde había leído Nietzsche esa frase? En la *Geschichte der Assassinen* de Hammer-Purgstall, obra acumulativa, aventurada y de gran utilidad, aparecida poco después del Congreso de Viena y unánimemente despreciada por los islamólogos posteriores: «*Nada es verdadero y todo está permitido*: tal era el fundamento de la doctrina secreta que le era comunicada a unos pocos y escondida bajo el velo de la más rigurosa religiosidad y devoción, que frenando los ánimos con los mandamientos positivos del islam los mantenía bajo el

yugo de la obediencia ciega, tanto más cuando la sumisión terrena y el autosacrificio eran premiados con la glorificación eterna».

Como epígrafe a *Le Vieux de la Montagne* de Betty Bouthoul, libro del que Burroughs extrajo su obsesión por Hasan-i Sabbah, se leen unas pocas líneas de Nicolas de Staël, quien se había suicidado tres años antes: «Asesinato o suicidio, inseparables y tan distantes a primera vista...

»Asesinato, sombra larga del suicidio, que se confunden sin tregua como dos nubes inmateriales y atrocemente vivas...

»Matar matándose...».

El complot nace junto con la historia. También el fantasma de un centro escondido que rige los acontecimientos. Los asesinos-suicidas reconducen a Osama bin Laden en las cuevas de Tora Bora, que reconduce a Hasan-i Sabbah en la fortaleza de Alamut. Hay formas que no se extinguen, que cambian, se cargan y se vacían de significados según las ocasiones. Pero un hilo sutil las vincula siempre a sus inicios.

Al menos en una ocasión la naturaleza acudió en ayuda de quien quisiera imponer la *sharia* en todas partes. Eximiendo, incluso, del terrorismo como instrumento de destrucción. En diciembre de 2004, el tsunami en una zona de Sumatra, en Aceh, provocó una completa devastación, y solo dejó en pie una mezquita. Era necesario recomenzar de cero, situación añorada por cualquier utopía. Así tomó forma un enclave de la *sharia*. Sus escoltas bien visibles son los Guardianes de la Virtud: «Visten uniformes de color verde islam, llevan látigos de caña y tienen el corazón de piedra. Proviene del campo y saben cómo debe tratarse a la gente de la ciudad. Suelen dejarse ver los viernes en Banda Aceh, antes de la plegaria. Dan vueltas con un megáfono y

una camioneta, también de color verdoso, con el escrito Wilayatul Hisbah: escuadrón de la *sharia*. No son muchos, una docena, pero se dejan ver por todas partes y cuando menos te lo esperas». Peinan los cafés, los parques, las calles, incluso las habitaciones. Los arrestos y los castigos son inmediatos. Azotes de ratán en la plaza.

Para el terrorismo islámico, una iglesia copta o un gran almacén escandinavo son blancos igualmente apropiados. El rechazo de Occidente debe ser manifestado en toda su amplitud, del cristianismo a la secularidad, por parte de un organismo mucho más rudimentario que el propio Occidente. Hay que concentrar el odio en un punto, y mejor si está lleno de vida. Pero este resentimiento no es nuevo. ¿Existía ya hace cincuenta años? Es uno de los tantos resultados de la *desintermediación*, dirían los teóricos de la web. También del hecho de que el mundo tiende a volverse *instantáneo* y *simultáneo*. Quien se mata matando representa un modelo supremo de desintermediación.

Poco antes del fin del milenio, en los países islámicos, como en casi todo el resto del mundo, se hizo posible acceder en pocos segundos al visionado de un número ilimitado de cuerpos femeninos desnudos realizando actos sexuales. Fue un ultraje extremo y una atracción indomeñable, más que en otros países. Fue, también, una poderosa sugestión para cualquier paso al acto.

Sayyid Qutb desembarcó en Nueva York en noviembre de 1948, horrorizado porque una joven cuyo vestido no la cubría completamente había llamado a la puerta de su camarote pidiendo hospitalidad. Qutb era un funcionario ministerial de El Cairo que llegaba a Estados Unidos con una beca para estudiar inglés. Viajó por distintos puntos del país y luego se estableció en Greeley, Colorado; al principio le pareció un lugar paradisiaco. Enseguida, sin embar-

go, cambió de opinión: formuló una condena sin remisión hacia el *American way of life*, sobre todo después de haber participado en ciertas fiestas de domingo por la noche, cuando los comedores universitarios de Colorado estaban cerrados y los estudiantes extranjeros frecuentaban algunas iglesias en las que, después del oficio, se cenaba y, algunas veces, se bailaba. Se encendían todas las luces y Qutb veía piernas en movimiento («desnudas», precisó), brazos que se estiraban, senos que ondeaban, y resonaba una canción extraída de una película de Esther Williams. Era suficiente.

Poco después de volver a Egipto, Qutb se convirtió en una importante figura política. Cuando Nasser llegó al poder lo nombró jefe del Comité Editorial para la Revolución. Duró poco. En el Egipto de entonces, como más tarde en Argelia, solo existían dos vías: o los militares o la *sharia*, impulsada allí por los Hermanos Musulmanes. Qutb representaba a estos últimos. En 1954 fue encarcelado, y luego liberado con la propuesta de dirigir la revista de los Hermanos Musulmanes. También en esta ocasión duró poco. Volvieron a arrestarlo. Caía enfermo con frecuencia y lo llevaban al hospital de la cárcel, donde pasó diez años. Durante ese periodo escribió un comentario en ocho volúmenes del Corán. Pero su obra enardecida fue *Señales en el camino*, cuyo manuscrito salió poco a poco de la cárcel. El libro contenía instrucciones a la «vanguardia» que debía conquistar el mundo sustrayéndolo, en nombre del islam, a la *jahiliyyah*, la perniciosa «inconsciencia» característica de los musulmanes que no obedecían la *sharia* y a todo el resto de los vivos. Fue la guía de acción para otro egipcio, al-Zawahiri, y para su compañero Osama bin Laden, así como para quien iba a convertirse más tarde en el ayatolá Jamenei.

Qutb fue nuevamente dejado en libertad a condición de que se marchara al exilio, cosa que no hizo. Entonces fue arrestado de nuevo, procesado y sentenciado a muerte. Entre los tres jueces del tribunal estaba Sadat. Cuando la sen-

tencia fue leída, Qutb dijo: «He practicado la *yihad* durante quince años y al fin me he ganado el martirio, *shahadah*». Fue ahorcado al alba del 29 de agosto de 1966.

Si, en los lugares y en las formas más distintas, tantas tribus humanas han celebrado sacrificios, tenía que haber algún motivo profundo. O, incluso, un nudo de motivos que nunca se termina de desentrañar. Es cierto que el mundo secular no ha aceptado nunca la celebración de sacrificios. Era una parte del pasado de la que no se sabía bien cómo liberarse. Basta con abrir *Los últimos días de la humanidad* de Karl Kraus, que en gran parte recoge lo que por aquellos días se leía en los diarios y se oía en los corrillos, y se constata que durante la Primera Guerra Mundial se hablaba de «sacrificios» no menos que de acciones militares. No fue suficiente. Fue necesaria otra guerra y, en el seno de ella, una inconmensurable y horripilante empresa de desinfección para liquidar, una vez más, el sacrificio. Tampoco eso fue suficiente. Tras un silencio secular, durante el cual parecía haber perdido su genio, como si la prodigiosa floritura precedente lo hubiera agotado, en el seno del islam algo se revolvió y, por boca de Sayyid Qutb, pidió contraponer nuevos «valores sanos» a la corrupción de Occidente y a la obnubilación del propio islam, consistente sobre todo en la progresiva aquiescencia con los modos de vida occidentales. Así, algunos empezaron a matarse con el objetivo de matar a otros, en el mayor número posible.

La herencia del sacrificio debía desembocar en algo: sucedió con las dos grandes guerras, y después el exceso de potencia de las armas impidió ir más allá. Entonces irrumpió el terrorismo: matanzas aisladas, ubicuas, crónicas, cada vez más aleatorias, que mantienen vivo el fuego sacrificial. Es una inversión precisa de las doctrinas védicas, aunque ninguno de los actores lo sepa. Obran de modo autónomo

en un taller que tiene un departamento celeste y otro infernal.

Sacrificio y terrorismo confluyen en un punto, el más delicado: la elección de la víctima. En el sacrificio será un ejemplar íntegro, inmaculado, de particular belleza, o bien un ser cualquiera, intercambiable y multiplicable. En el terrorismo puede ser quien detenta el poder, o cualquiera que se encuentra en un determinado momento en un determinado lugar.

Son dos caminos, divergentes y presentes al mismo tiempo: la elección y la condena. Dos reinos: la gracia y la casualidad, poderes irreductibles. De sus modos de superponerse, mezclarse y separarse se derivan innumerables consecuencias, las más sutiles, las más agudas, que irradian sobre todo lo demás, unidas solo por el acto de matar.

Para comprender la metamorfosis del sacrificio en la era secular habría que reemplazarlo por la palabra «experimento», que no se refiere solo a lo que sucede cada día en los laboratorios, aunque baste para señalar su enorme dimensión. Experimento es aquello que la sociedad hace cada día en su propio seno. Aquí la ambivalencia de la palabra se vuelve aún más clara, porque los dos supremos experimentadores sociales del siglo XX fueron Hitler y Stalin. No por casualidad Lenin había hablado ya de «ingenieros de almas». En verdad, se parecían más a ciertos feroces cirujanos lobotomizadores, siempre en nombre de la ciencia. Todos devastadores de lo desconocido.

A lo largo del siglo XX cristalizó un proceso de enorme repercusión, que ha investido todo lo que sucede bajo el nombre de «religioso». La sociedad secular, sin necesidad de proclamas, se convirtió en el último cuadro de referencia para todo significado, casi como si su forma fuera idéntica a la fisiología de toda comunidad y la búsqueda de significado debiera limitarse al seno de la propia sociedad. Esta